

DIRECTORA

La Serma. Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera,

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 12

Salamanca 15 de Diciembre de 1906

AÑO I

UN VOTO NACIONAL



El drama de M. Catulle Mendès *La Vierge d'Avila*, estrenado con el más brillante aparato escénico en el teatro "Sarah-Bernhard", en París, el día 10 del pasado mes de Noviembre, ha suscitado, como no podía por menos de suceder, un movimiento general y espontáneo de enérgicas, briosas y públicas protestas de toda la católica España, que se ha sentido herida en lo más vivo de su corazón al ver sacrílegamente mancillada una de las más legítimas é inmarcesibles glorias de nuestra patria, Santa Teresa de Jesús, la única de entre todas las santas, que había perdonado siempre la impiedad, en frase feliz del insigne agiógrafo francés, Ernesto Hello.

Al frente de ese movimiento consolador de viriles, entusiastas y solemnes protestas contra ese drama, se pone hoy—porque cree que es el puesto que le corresponde—LA BASÍLI-

CA TERESIANA, que nació y vive para fomentar en los corazones de los fieles el fuego sagrado de la devoción á la seráfica Virgen carmelitana, y propagar el sublime proyecto de erigir, sobre su sepulcro, suntuosa y monumental Basílica, en testimonio perenne de amor.

Sí, LA BASÍLICA TERESIANA, santamente airada por tan execrable profanación, en desagravio de la virtud audazmente ultrajada, levanta en estas columnas su voz de protesta.

Bien pudiéramos, fácilmente, pasar por alto, sin esgrimir la fusta acerada de la sátira, sin clavarlo en la picota infamante del ridículo, ese disparatado cúmulo de errores de toda laya, esparcidos por el drama, ese desconocimiento total, absoluto, completo de nuestra historia, y que debiera escandecer de vergüenza á quien blasona y hace gala de literato en un país en que muy doctos hispanistas—lo confesamos gustosos—han esclarecido el más brumoso período de nuestra literatura medioeval. Pero ¿cómo pasar en silencio, cómo no clamar—prohijando siempre nuestra indignación al cielo santo, ansioso de vengar los más fieros agravios inferidos á la Virgen abulense, baldonada en su nítida pureza—si en ese drama aparece como mentirosa, histérica y trocada en sacerdotisa entusiasta de la religión del amor carnal, para cuyos brutales desenfrenos al igual que para todos los desvaríos y rebeliones del entendimiento predica, emulando los fervores de un apóstol, la indulgencia más plenaria, la lenidad é impunidad más absolutas? ¿Cómo no volver, en justicia, por la castidad fieramente ultrajada de la reformadora insigne del Carmelo, si vemos que aparece en el proscenio francés (1) abra-

(1) El dramaturgo parisiense M. Catulle Mendès acaba de publicar en un diario madrileño, un artículo de vindicias religiosas é históricas, sincerándose de su pésima intención al llevar á la escena *La Virgen de Avila*, si bien confiesa su desconocimiento de la Historia de España, aunque halla disculpa, para su ignorancia, en el hábito inveterado de falsear la historia—la nuestra más que ninguna otra—siempre que el literato emplea su ingenio poético en asunto que no sea *de casa*.

Como *de internis non judicat Ecclesia* bien poco trabajo nos cuesta en creerle bajo su palabra de caballero. No habrá sido su ánimo escarnecer y ultrajar á la Mística Doctora, sería más bien su propósito enaltecerla y glorificarla, pero es lo cierto, por desgracia, que á pesar de su propósito, á la postre quedó ultrajada, sacrílegamente mancillada aquella nítida y radiante figura que estamos acostumbrados á verla resplandeciente de celestial hermosura en las cumbres excelsas del misticismo cristiano.

sada en bravas llamas de sacrílego amor sensual que no se extingue sino al apagarse el fuego de su vida en luxuriantes chisporroteos, *la Santa*, por antonomasia, la que naturalmente repugnó desde la infancia toda deshonestidad, la que sintió arder, sin extinguirse jamás, en su corazón transverberado un día por el ígneo arpón del serafín, el fuego del amor divino, que supo luego cantar con excelso y soberano lirismo en la más sublime poesía mística que brotó jamás de arpas cristianas:

“Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero!”

* * *

Pero LA BASÍLICA TERESIANA, en su amor á la Mística Doctora, agraviada con la más alta injuria en el drama de M. Ca-

No es cierto, sino falso de toda falsedad que haya idealizado el período efímero de la Santa en la conversión maravillosa del sacerdote sacrílego, que por cierto, para dicha suya y gloria de la seráfica Virgen, murió santamente en el ósculo del Señor al año escaso de conocerle y tratarle.

Catulle Mendès ha falseado por completo, en el asendereado drama, aquel pasaje de la vida de la Santa. Y no vale escudarse con la libertad, que sancionó el gran lírico romano, en su código inmortal de Arte Poética, y que tiene derecho á usar todo artista que trate de reflejar y de expresar la belleza, pero, siempre, dentro de los límites que se prescriben en aquel grandioso poema didáctico.

No hay belleza sin verdad; por lo que toda ficción caleológica, basada en la historia ha de ser más verdadera que la misma historia. Y no es, aunque jure y perjure el literato francés, no es histórica *La Vierge de Avila* que ha creado la fantasía febricitante de Catulle Mendès; no es histórica, sino delirio de enfermo, *aegri somnia*, que dijo Horacio, la Virgen Carmelitana—hasta el hábito carmelitano está confundido con el de las Ursulinas—que en el IV y V acto oye y escucha con morosidad inconcebible el lenguaje lúbricamente, sensualmente, carnalmente amoroso del sacrílego Ervann, nombre que es el postrero que pronuncia en su lecho de muerte la Santa, cuyos labios se plegan para siempre vibrando “Amour,”...

¡Así no vivió ni murió Teresa de Jesús!

¡...Y que salga ahora el literato francés vendiéndonos el favor de haber sido el más elocuente panegirista de la Santa y trate de convencernos y persuadirnos de que su drama es la más brillante apología que se ha hecho jamás de la Mística Doctora, y el más repleto arsenal al que debemos acudir, en busca de victoriosas armas, siempre que veamos escarnecida y afrentada la Santa de nuestros más fervientes amores!...

¡Iupiter quos vult perdere, prius dementat!

tulle Mendès, no se satisface con alzar voz de enérgica y briosa protesta, sino que, no sufriendo ir á la zaga de nadie en entusiasmos teresianos, quiere tener la primacía y llevar la bandera en este espléndido homenaje de adoración que toda la España católica acaba de rendir en desagravio á la afrenta que ha recibido la Virgen de Avila de parte de un dramaturgo francés; y quiere que este bizarro homenaje de adoración entusiasta y ferviente de toda la España católica no pare tan sólo en una comunión general de incontables devotos teresianos, ó en una fiesta de desagravios, ó en una procesión solemnísimas en la que reciba el Serafín del Carmelo las ovaciones más delirantes, más estruendosas que ha recibido jamás en el transcurso de tres largas centurias, sino que se convierta en un VOTO NACIONAL que sea testimonio elocuentísimo del amor de los españoles á la que es decoro y ornamento el más ilustre y glorioso de la Patria.

Cuál haya de ser ese *voto nacional* en que debiera traducirse el rendido, sincero y ferviente homenaje que á la Virgen de Avila tributa hoy toda la España católica, lo adivinan de fijo nuestros amables y piadosos lectores: la Basílica Teresiana de Alba de Tormes.

Hé ahí la protesta más elocuente, el más cumplido desagravio del fiero ultraje con que ha sido ofendida la Santa en el proscenio francés.

Cabalmente M. Catulle Mendés, sobre el número no exíguo de falsedades históricas, de dislates geográficos, de errores arqueológicos en que incurre, y que ya la crítica ha sacado á pública vergüenza, echándolo, á veces, en chacota y burla quizás harto despiadadas, si bien muy merecidas, incurre en otro yerro y no leve, cuando en el proemio del postrer acto describe la iglesia de MM. Carmelitas, en Alba de Tormes, cual si fuese "un templo suntuoso, recargado de preciosos mármoles, todo revestido, en su interior, de oro purísimo."

¡Desgraciadamente yerra también en esto el dramaturgo parisiense! Pero ¡ah! somos nosotros, los devotos fervientes de Santa Teresa, somos nosotros los que al verla afrentada en el teatro "Sarah-Bernhard," sentimos arder y rezumar de ira la sangre en nuestras venas, somos nosotros los que celebramos solemnes fiestas de desagravios en honor de la Santa, los que paseamos en triunfo por calles y plazas su veneranda imagen, alzándola sobre el pavés de nuestros corazones y

aclamándola con delirantes vítores, á quienes hay que achacar el yerro de M. Catulle Mendès....

¡¡Somos nosotros los culpables!!

Cómo había de pensar el dramaturgo francés, no muy versado en Historia, Arqueología y Geografía de España, pero sí firmemente persuadido de la devoción de los españoles á la Santa de Castilla, que después de tres largas centurias no se alza otro templo sobre su venerando sepulcro sino la humilde, modesta, pobre y nada amplia capilla de la Encarnación que la Santa misma erigiera á la sombra del celebrado castillo ducal de Alba de Tormes!!....

Hagamos de hoy más, aprovechando tan propicia coyuntura, deuda sagrada de patrio honor, que es preciso pagar con presura ya que no con creces, el levantar esa "Iglesia suntuosa, recargada de preciosos mármoles, revestida de oro purísimo," que nos describe Catulle Mendès.

Ved ahí el "voto nacional," que en honor y desagravio perenne de la Seráfica Virgen Carmelitana propone y proyecta nuestra Revista, deseosa de que no concluya estérilmente ese generoso movimiento teresiano que por todos los ámbitos de España se ha propagado, como centella que cae y prende en resecó cañaverál.

*
* *

Lanzada está la idea.

Ahora sólo resta que el Episcopado español, que ha desfilado por estas columnas, ponderando con todo encarecimiento y bendiciendo con efusión el sublime y santo propósito de la Serma. Infanta D.^a Paz, de proseguir las obras de la monumental Basílica de Alba de Tormes, y las asociaciones teresianas, á quienes toca más de cerca celar la honra de su excelsa Patrona, y la prensa católica de España, que bizarramente brinda siempre sus columnas para todo proyecto que ceda en gloria y enaltecimiento de la Religión, acojan con el mayor entusiasmo nuestra idea, y no tardaremos en ver sobre la grandiosa Basílica, que va surgiendo con lamentable y penosa lentitud, erguida en la cúspide de la más alta y esbelta torre, á la Virgen de Ávila, bendiciendo á los fervientes devotos teresianos que, en prenda de amor, llevaron á feliz suceso el grandioso VOTO NACIONAL.

FR. JUAN DE LA MISERIA.



BANQUETE HOMÉRICO



Coto y á beber—gritó enérgicamente el tío Blas, que era algo así como el *leader* de aquel cotarro. Y, diciendo y haciendo, plantó en medio del arroz, tostado y veteado de rojos pimientos, un hito de á geme.

—Pus lo que es tú no debieras poner el coto pa beber—observó Venancio el herrero—más bien lo nesecitas... pa dejar de chupar de la bota, que debes quererla más que á toa tu familia junta, sigún lo que la besas y abrazas.

—Lo que ices, que la mi gente no me da más que esazones, y ésta—dijo abrazando tiernamente el hendido pellejo—me sazona la vida, y gracias á ella no me he tirado cien veces al cahorzo del plao hondo.

—Razón tienes—añadió Ambrosio el de la Pascasia, á quien tocaba la vez—que esta güena moza es la única hembra que no niega lo suyo.

—De hembras, ni mentarlas—gruñó el tío Abundio el herbajero—tío lo malo tiene nombre de mujer; la peste, la tormenta, la tifus, la agua, la vinagre, la... demonios fritos que las lleven á toas, y la primera á la mi tía.

—Mal relobadó te mate, ladrón, y con las bindiciones que nos estás echando, endino—gritó con voz chillona la tía Pascasia, que era una de las que servían el gasto—possi no juese por mí andarias por las cunetas de los caminos cascando lien-

dres, y agora estás tupiéndote de carne y de vino con lo más prencipal del Concejo.

—Bien palrao — contestó el tío Abundio en ademán contrito, y, alargando la bota al vecino, añadió:

— Anda, Pascual, bebe tú á la salú de la mi mujer, que á mi ya no me hace más el cuelpo.

—No nesecita la mi salú de que naide beba por ella, que es güena, á Dios gracias, con bebío y sin bebío.

El concurso, celebrando el espeltre de la tía Pascasia, se dispuso á oír al tío *Regüeldos*, que era algo así como el pensador que sobresale en todo humano ayuntamiento.

Poseído el hombre de su elevada misión, y, para no beber como los otros, púsose en pie, alzó la bota sobre la cabeza, y dejando caer el vino, hilo á hilo, sobre la frente y haciéndolo pasar por el lagrimal y las arrugas del bello, logró, sin perder gota, darle entrada por la comisura izquierda de la boca.

Aquel alarde bufonesco entusiasmó al auditorio, el cual prorrumpió en vivas y aplausos. No de otro modo se apoderan del público urbano esos logreros de las ideas, que, ora con acertijos, ora con otros juegos de ingenio, se meten puertas adentro en el ánimo para robarles la paz, amén de llevarse de camino, si lo hallan, algo más positivo y substancioso.

Terminada la primera parte de su grotesca exhibición, el tío *Regüeldos*, previas dos ó tres justificaciones de su mote, entusiasmó á la concurrencia con un brindis del tenor siguiente:

—La mi verdad sus digo que sois unos inorantes los de este pueblo; porque aquí naide sabe más que yo en juerza de nocencia. Y la verdá naide la podrá niegar; porque es la pura verdá que pasemos la pena negra y sufrimos los imposibles y naide nos remedia.

Y ahí va la verdá en copla, pa que sea mejor ansentida:

Si quieres tener ovejas
No pierdas noche de uvejas.

El concurso celebró estrepitosamente la copla.

— Quiero decir que anda mal el reparto de herbajería.

— Pus te has llevao una noche de más, recontra, interrumpió uno de los herbajeros repartidores.

— Pa eso soy el batuta del pueblo — contestó el hombre con la mayor frescura y en tono de suficiencia.

—Tié razón—dijeron los demás en són de protesta.

—Y ahí va otra—siguió *Regüeldos*:

Al amo que suba renta
Dejar la tierra hace cuenta.

—Pa que aluego las cojas tú más baratas, como el año pasao con las mías—dijo uno tímidamente.

—Porque tengo más dacatus que vusotros—dijo chupando, á guisa de entremés, una chuleta de cordero.

—Bien palrao—gritó el coro.

—Y allá va otra:

Al cura límpiale el diente
Y al méico po lo consiguiente.

—¡Güeno va! ¡Asina, asina, por lo claro!—exclamaron los más.

Algunos clericales torcieron el morro, y el sacristán, que era á la vez practicante, cirujano y muñidor de la herbajería, se atrevió á decir entre dientes:

—Eso será por las misas y las vesitas que debes, y cuando te las quien cobrar las encalmas á la tu mujer

—¿Qué rezunga—gritó el orador—ese que es tres cosas y denguna güena?

El ofendido quiso protestar; pero el incidente se desvaneció entre el jolgorio del concurso.

—Y continuó *Regüeldos*:

Cuando vengan eliciones
No votes si no hay doblones.

El entusiasmo llegó entonces al delirio, siendo el sacristán el primero en aplaudir.

—¿Maestro y secretario? Pues
son dos y nos cobran tres

—¡Bien por tí, galán—aulló el corro, y como los aludidos, que se hallaban presentes, protestaran del apóstrofe, les tranquilizó *Regüeldos* con un guiño de ojo, como diciéndoles:

—Estai quedos; es pa engañar á estos brutos.

A los cuales dedicó la siguiente bomba final:

—Si vas á la población,
Pacencia y mala entención.
Si ties que ir á la Ciudad,
Lleva dinero y maldá.

Los circunstantes celebraron el brindis á mandíbula batiendo, pues terminada la ronda, el tío Blas levantó el coto y todos se apresuraron á meter en cuezo en el tostado perolón.

Y así acabó aquel episodio del rústico banquete, en el cual brillaron los Nestores y Ulises de la herbajería.

LUIS MALDONADO.



DE LA COLECCIÓN DE AGUAS FUERTES DE LA EGREGIA ARTISTA
S. A. R. LA CONDESA DE FLANDES, NÉE PRINCESA DE
HOENZOLLERN.



CANTO Á LA MUERTE

(CONTINUACIÓN)

Repuesta en las honduras de su letal caída,
Miró arriba los tajos, que forman su prisión,
Tocar las altas nubes y de dolor herida
Sintió loca de orgullo mortal desesperación.

Y ya probando el vuelo, ya á ramas y á cubiles
Y arrugas de las peñas arremetiendo audaz
Y despertando pájaros, y fieras, y reptiles
Logró escalar la altura, con anhelante faz.

Y apenas en su trono de abruptos peñascales,
Como tirana regia la triste se asentó
En la región del viento, con vestiduras reales,
Una legión de espíritus maravillosos vió.

Traían en sus alas, más blanca que la nieve,
Con un borrón de púrpura, el ánima de Abel,
Que triste descendía, porque aún entrar no debe
Al cielo, hasta que muera Jesús por Israel.

La Muerte oyó una música de liras y de arpas,
Como las trovas ledas de amante rruiseñor
Y ardió en coraje; empero dejó quietas las zarpas
Por miedo á la ígnea espada del ángel vengador.

Vió á la legión celeste vistiendo de alegría
Los montes y los valles por todo aquel confín,

Y enmudecer del soto la dulce algarabía
De pájaros y fuentes, oyendo al querubín.

Vió abrirse los abismos por el querer del cielo
Y descender serena la célica legión:
Y entonces indignada, rugiendo de ira y duelo,
Como un rojo meteoro bajó á aquella mansión.

Y cuando entró bramando, cual hórrida leona,
Que encuentra á la pantera durmiendo en su cubil,
De reina perseguida belígera blasona
Y á sus leales llama, que acuden mil á mil.

Rodar de carros férreos y ronco vocerío,
Y estrépito de armas de súbito se oyó,
Y en apretadas haces de inmenso poderío
La audaz tartárea gente flamígera avanzó.

Veían rencorosos en la honda lejanía
La hueste que de ellos venciera, y Lucifer,
Cruzando hermoso huerto bañado en luz del día;
Y ardió su sangre olímpica con ansias de vencer.

Marchó como la ola, que avanza y atropella
Las otras menos bravas en la extensión del mar,
Y al frente de las tropas del Báratro descuella
La Muerte, que por *diosa*, más tiene que vengar.

Mas cuando de la noche del infernal abismo
Tocaba la penumbra la hueste del terror,
Cayó en mortal desmayo y herido su heroísmo
Y rotas sus espadas, helóles el pavor.

Así cuando escapando las tribus israelitas
Por un camino enjuto crucen el Rojo mar,
Inmóviles tornándose las olas infinitas,
Respetarán al Pueblo, que Dios quiere salvar.

Y en medio de aquel pasmo se oyó una voz potente,
Bramido de los vientos, rugido de León,
Que hizo temblar el Tártaro, cual terremoto ingente
Y así habló á los precitos con justa indignación:

—Dejad las espadas y el casco de plumas,
Rebaños de esclavos, del mal siempre en pos;
Jamás de los mares las verdes espumas,
Ni el odio soberbio podrán más que Dios.

El tiene de un dedo colgados los mundos,
Los rayos son huellas que deja su planta,
Su cólera enciende los senos profundos
Y el sol sin sus ojos sus glorias no canta.

El fuego que avanza por campo de espigas
Se para en la orilla del plácido río;
Del Orco las huestes del bien enemigas
En estos confines no habrán señorío.

Aqueste de brisas y arroyos sonantes
Y rosas y césped lugar delicioso,
Será el dulce seno de pechos constantes
En fe y en virtudes y amor generoso.

Cantigas de aves, rumores de palmas
Tendrán los proscritos debajo su tienda;
Que aquí no habrá pena que hiera á las almas,
Ni falsos amigos, ni envidia que venda.

Tan sólo Dios mismo, que es suma ventura,
Se esconde aquí al alma y es bien que no alcanza;
Mas, de esta desdicha de aceda amargura
De verlo por siempre saldrá la esperanza.

Con llave de sangre sin lucha vertida
Ni propios enojos, ni acerbos rencores,
Hoy se abre este seno, hoy se abre esta vida,
Que espera otra suerte de dichas mejores.

Aquí la inocencia tendrá el casto nido
Do crezcan sus plumas y agite sus alas
Y vuele briosa con vuelo atrevido,
En Cristo bajando ceñido de galas.

Aquí el que en diluvio que inunde la tierra
Liberte en el Arca por él construída

La humana progenie, que al vicio se aferra,
Salvando á los buenos, tendrá su guarida.

Aquí el patriarca de barba de nieve
Leal y obediente que llega hasta el Moria
Y al hijo con fiero cuchillo se atreve,
Oirá los preludios del canto de gloria.

Aquí el que humillado tolera desdenes
Y fétidas llagas y olvido de amores
Y muerte de hijos y robo de bienes
De un día sin noche verá los albores.

Aquí los vendidos por falsos hermanos,
Aquí los que huyeron de inmundas caricias,
Aquí los heridos por viles tiranos
Oirán las palabras de alegres albricias.

Y cuando nos lluevan al Justo las nubes,
Que lave con sangre la culpa primera,
Vendrá por las almas con áureos querubes
Y el áspero invierno será primavera.

*Dejad las espadas y el casco de plumas,
Rebaños de esclavos, del mal siempre en pos;
Jamás de los mares las verdes espumas,
Ni el odio soberbio podrán contra Dios.*

Cayó el ángel y oyóse ruín estridor de dientes
Por todas las cavernas del Orco vengador:
Eran las negras Kábilas, cobardes é impotentes
Ante las nuevas órdenes del ángel del Señor.

Buscaron por las huestes de la tartárea tropa
Los más ciegos de orgullo, los seides de Satán,
A la que, derramando del odio vil la copa,
Llamólos á la lucha con rencoroso afán.

Un día y otro día, rugiendo en ira fuerte
Buscáronla en los silos de aquel negro confín
Y ya flojas las ansias, apareció la Muerte,
Trayendo presa y trémula el alma de Caín.

Los ojos hechos ascuas, de rabia el pecho insano
 Hirviendo como el Etna, que ruge en ignición
 Y alzando al cielo el brazo, con que mató á su hermano,
 Salía de su boca blasfema maldición.

Era la primer alma caída en el infierno;
 Era el perenne esclavo primero de Satán
 ¡Oh Dios que nos formaste! ¡Cuántos al fuego eterno
 Por quebrantar tus leyes justísimas, irán!

Calmáronse las hordas, mirando al fratricida
 Y como segadores, que hienden negra mies,
 Con él arremetieron con rabia maldecida,
 Cantó victoria el Tártaro con voz ensordecida
 Y alzaron como á Reina la Muerte en su pavés.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

De las Escuelas Pías.

(Continuad).



CUADRO AL ÓLEO DONADO POR EL LAUREADO PINTOR DE MUNICH,
 HERMANN URBAN, Á S. A. R. LA INFANTA DOÑA
 PAZ, CON DESTINO Á LAS OBRAS DE LA BASÍLICA.



LA MENTIRA EN EL TEATRO

VINDICACIÓN Á LA SANTA

HACE tiempo, casi nada, se dió en decir que todo en la sociedad estaba en *crisis*, y las gentes temían por la ciencia, tenían miedo por la religión veneranda, se asustaron ante la moral libre que asomaba su faz triunfadora en el horizonte de esta época tristemente feliz, llegaron, en su pesimismo, á ver por el lodo toda la hermosura de las bellas artes; y aunque es verdad que esa crisis no se presentó á nosotros en toda su degradada crudeza, porque la *verdad* triunfa siempre, con todo, los esfuerzos de los hombres de mala voluntad resurgieron hipócritamente potentes y han proclamado reina á la convencional *mentira*, y la *mentira* se ha sentado en los parlamentos, vive en las universidades, es dueña de los ateneos pedantes, se ha infiltrado en los corazones, inclinándolos á la filantropía egoístamente calculada, y en los escenarios es abominablemente sectaria...

Pero nunca el brillo del oropel deslumbró la firme mirada de las inteligencias águilas; jamás las melodías arrancadas al caramillo de un pastor inculto y brutal inundaron en delicias delicadas el alma del wagneriano *enrrage*; ni tuvo acentos de arrebató, ni elocuencias de pasión patriótica el escepticismo calculador para las masas honradas, que adoran la enseña victoriosa de la nación..., y está por ver al proselitismo del mal, enmascarado de virtud, conmover hondamente, persuadir con eficacia, porque las gentes están ya llamadas á engaño y no dejan de conocer, aunque se oculte entre flores

de deleitoso perfume y agradable belleza, la ignorancia sin fe, la interesadamente convencional *mentira*...

Por eso, cuando días pasados el incrédulo Catulle Mendès se decidió sacrílego á profanar, en las tablas del teatro parisién de Sarah Bernhardt la augusta figura de la Virgen avilense, el corazón de los creyentes sobrecogiése de espanto..., la inteligencia de los sabios se horrorizó del atrevimiento..., los mismos escépticos le despreciaron..., y la España toda, á una voz, le recriminó severa, le exigió explicaciones, y la *crítica*, justa por esta vez, sintetizando á la manera de Charles, como Sainte-Beuve analizando, y penetrando el fondo de la idea, cual lo hacía Taine, delató los defectos que obscurecían la sublime, arrobadora belleza mística de Teresa de Jesús; hizo ver las imperdonables ligerezas del autor, que, sobre la base de falsas leyendas, empobreció la límpida, gloriosa historia del pueblo español, y al soplo prepotente de su severidad incorruptible, desvaneció la negra, fatídica nube con que quiso encapotar el constelado cielo de esta nación hidalga, caballerosa, ajena siempre, pero más en aquellas épocas, á las intrigas de palaciegos, á los rencores de clases, á la odiosa envidia de la prosperidad y bien ajenos.

Y no está todo el error—no es error, es mala voluntad—de Catulle Mendès en fantasear toda nuestra historia. Su defecto capital, á mi ver, es que, con ese drama execrable, ha querido llevar al teatro *ideas* anárquicas, subversivas del orden religioso y de la grandeza civilizadora del catolicismo. Porque ya se sabe que el teatro no quiere *ideas*, sino *figuras*, que las engendren sanas, *figuras* premisas, como si dijéramos, que eslabonen la consecuencia de la convicción del ideal más puramente filosófico, más doctrinalmente moral... Y, claro está, que *mintiendo* la *figura* de la *Virgen de Avila* con la *idea* pecadora de hacer ridícula nuestra historia, fanático á nuestro pueblo, mónstruos hipócritas á nuestros reyes, en luchas de ambiciones mezquinas y repugnantes á las beneméritas órdenes religiosas, falsa toda la sublime abnegación de los santos de nuestro brillante martirologio..., tenía por fuerza que resultar una Teresa de Jesús, no con aquellos alientos de vida celestial y divina, de corazón magnánimo siempre, de sorprendente peregrino ingènio en todos los momentos, de espíritu finamente delicado y sublimemente enamorado de Dios que se retrataba en esta glosa:

Vivo yo fuera de mí,
 después que muero de amor
 porque vivo en el Señor
 que me quiso para sí;
 cuando el corazón le di
 puso en mí este letrero:
Que muero porque no muero.

sino *la Virgen de Avila*, ridículamente falseada que hemos visto escribir al sectarismo francés, envidioso de las glorias del pueblo que le humilló en Pavía, en San Quintín, en Bailén, en Zaragoza y en Madrid con la fe cristiana y el valor heroico, que corre aún por las venas de todos los que han crecido á la sombra del solar hidalgo de los Cepedas...

Proceder así, no es conocer los grandes resortes del teatro. Y es extraño en Catulle Mendès, para quien no deben ser desconocidos los procedimientos de Lope y Shakespeare, Calderón y Moliere, Tirso y Muset, esclavos, siempre con éxito, de la SITUACIÓN.

Que ésta, la *situación*, falta en *la Virgen de Avila*, lo dice la simple lectura de tan execrable drama, de ese drama de la *mentira* malévola, antirreligiosamente española, porque lugares y caracteres están indocumentados. Indocumentado el *gótico* Escorial, indocumentado el *mudéjar* monasterio de la Encarnación, indocumentada la iglesia *suntuosa* del convento de Alba de Tormes, indocumentada la gitana Ximeira, el sacerdote Ervann, el jesuíta P. Luis de Cyntho, el R. Domingo, el prudente Felipe II y hasta la misma Santa... Por todas partes la ignorancia supina y la perversa mala fe contra la *verdad* del espíritu delicado y grande de la mística doctora.

No podía pasar á la luz de las candilejas, ni aun en la misma pentápolis moderna, en el crítico París, el crudo *naturalismo* del mediocre dramaturgo Mr. Mendès; ese naturalismo de la fórmula Zola, que hace encarnar el sensualismo degradante y abyecto en el emblema más espiritual y puro que ha tenido España en la figura adorable de Teresa de Jesús..., y no pasó tanta frescura, porque ha tenido la avilantez de presentar á la Santa oyendo complacida los arrullos seductores del pecado, las endechas del epitalamio carnal, las anacreónicas dulces con que la requiere de amores el torpe Ervann, el desdichado sacerdote concubino de la encelada Ximeira, siempre emboscando la inocencia de *la Virgen de Avila*...

Más de una vez me he preguntado: ¿pero de dónde habrá sacado M. Mendès tales aberraciones...? Porque yo sé de varios pecadores á quienes el celo santo de *la Virgen* llevó á buen camino, y he aprendido también, en su vida prodigiosa, que los jesuítas Francisco de Borja y Baltasar Alvarez y el dominico P. Pedro de Ibáñez, de acuerdo con la mística, dirigieron su espíritu sabiamente por las vías de la virtud más perfecta y elevada...; pero esa lucha, enconada por adquirir el favor real de Felipe II—que no fué tampoco quien la encomendó la reforma del Carmelo, sino la alta, prolífica inspiración del Espíritu Santo—esa lucha despreciablemente ambiciosa de favoritismo, ¿de dónde la habrá sacado...? Únicamente de su calenturienta fantasía de sectario francés y radical empedernido, como de ella ha brotado también el chistosísimo disparate de hacer á Aranjuez isla de no sé qué mar..., de poner todo el barrio de Triana en Avila..., de bautizar los personajes con apellidos que jamás podrán ser españoles..., de falsear el carácter del rey prudente..., de tachar de injusta, cruelmente homicida á la Inquisición española... ¡Y después nos dicen que en la Francia hay arte, que allí se hace historia, que su literatura es modelo, que en su teatro brilla el naturalismo exento de romanticismos á ultranza...! Pues yo lo niego, y lo niego porque la frase de Diderot, *las situaciones determinan los caracteres*, está en *la Virgen de Avila* conscientemente falseada, y el drama ese es una historia sacrílega y un sacrilegio histórico.

Y no me rectifico de lo dicho, aun después que gratuitamente *Le Figaro* ha afirmado así: *Le poete de "La Vierge d'Avile," n'a manqué ni á la religion, ni même á l'histoire*, pues tal afirmación apasionada, viene á tierra con la simple lectura del drama, y con la pasional interpretación que de ella ha hecho la *dame chinoise*, Sarah, por más que *Le Petit Journal* se entusiasme y diga de ella este despropósito:

"C'est la sainte, elle même, descendue de son cadre, vivante, animée, perdue dans son extase, dont la voix d'une harmonie douloureuse et touchante, nous ravit comme un cantique,..."

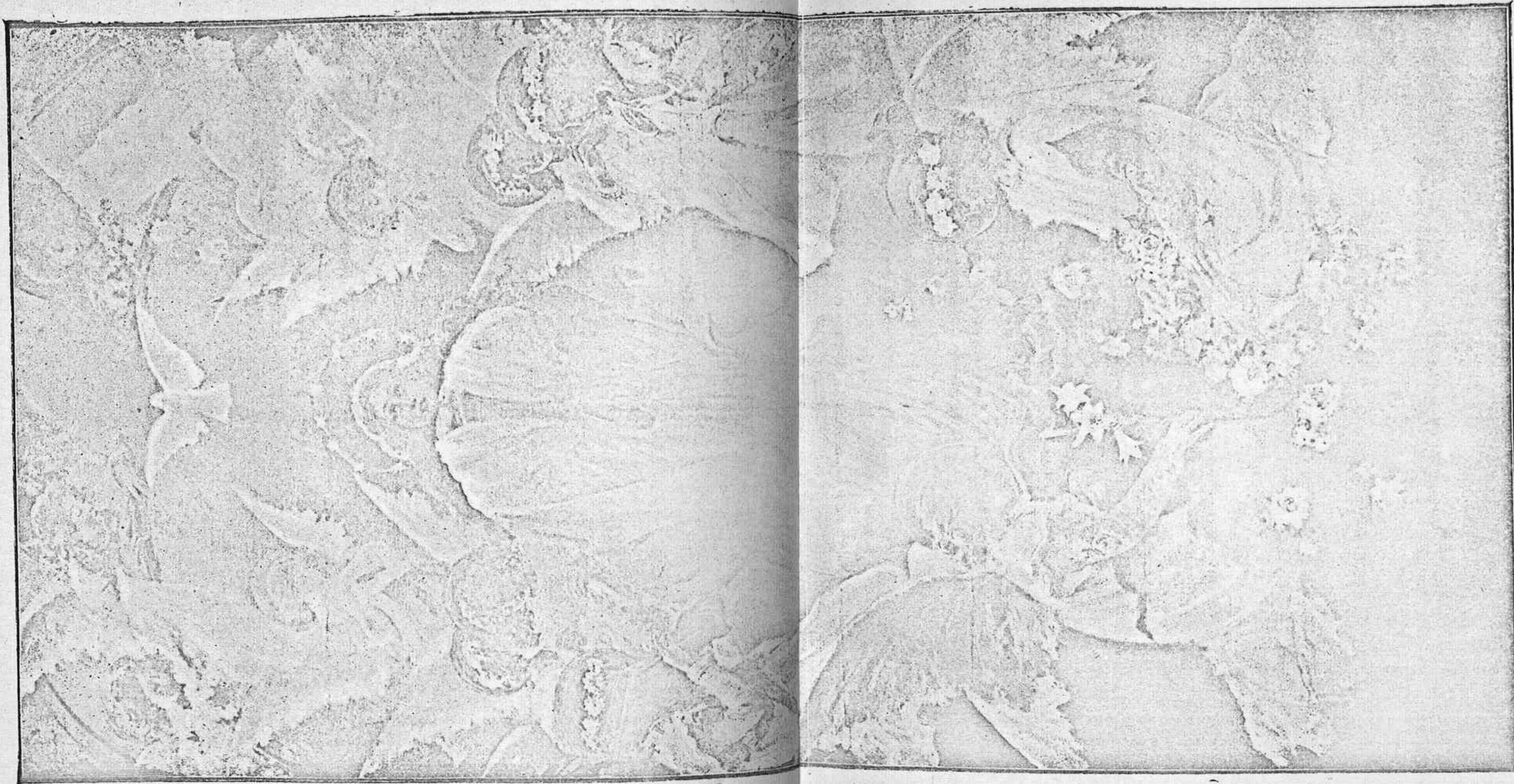
La crítica francesa se esfuerza en vano en ponderar, sobre todo encarecimiento, la idealidad del simbolismo que el autor aparenta llevar al proscenio francés, falseando por com-

pleto la realidad histórica. Cumple á la crítica seria de aquende y allende los Pirineos vindicar esa estupenda *mentira* histórica, religiosa y artística, presentando, con luz meridiana, la *vera efigies*, la radiante figura de la *verdadera VIRGEN DE AVILA*.

ANGEL LUYA.

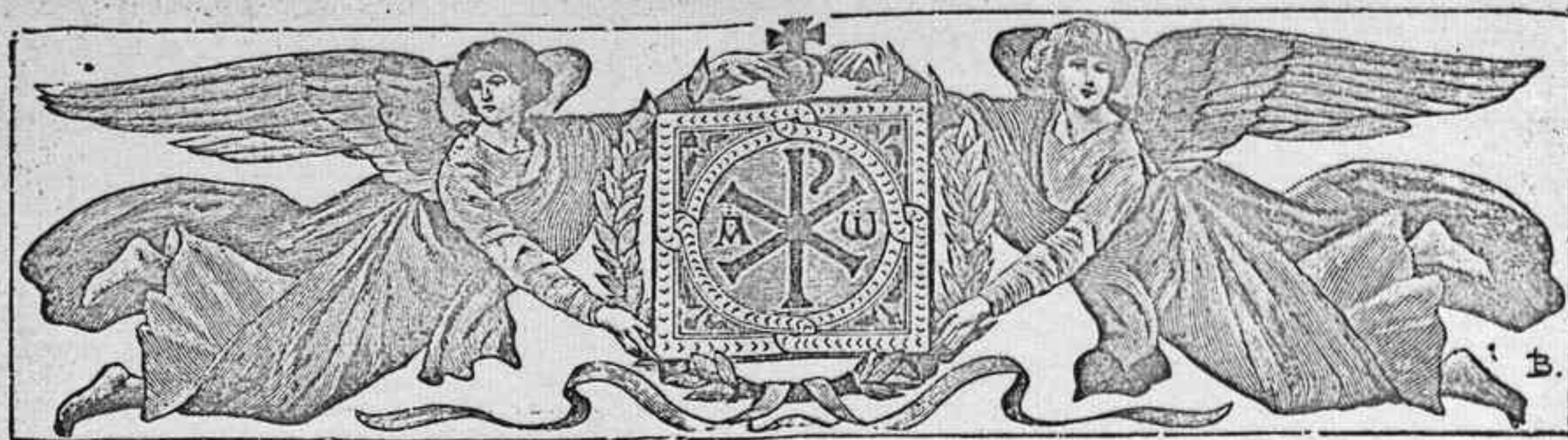
Madrid, 29-XI-906.





LA INMACULADA CONCEPCIÓN

(Cuadro original de D. Ramón Pulido, premiado con medalla de segunda clase en la última exposición general de Madrid).



ODIO VENCIDO

(CUENTO SIMBÓLICO)



ERA una montaña alta, muy alta; hermosa, muy hermosa. La formaban laderas de verdura salpicadas de flores. Flores de todos los colores, tonos y matices; encarnadas como corales del Mar Indico, blancas cual copitos de nieve, azules como pupilas de ángeles rubios, moradas con brillo de amatistas, grisáceas con cambiantes de ópalo, amarillas, anaranjadas... ¡todos los colores!

Y como estaban semiocultas entre la hierba, vista desde lejos la montaña parecía abierto estuche de terciopelo verde con multitud de joyas.

Como había flores, había mariposas, que en sus élitros reunían los colores de todas las flores que besaban; y había árboles donde los pájaros cantaban, cantaban con mil trinos y gorjeos.

Y entre flores y mariposas, y pájaros y árboles se deslizaba un río que nacía allí arriba, cerca de la cima, en alegre cascada de espumas y bajaba después por la montaña en limpia corriente de cristal, serpenteando, emboscándose al pasar entre árboles y prados, y deshaciéndose en brillantes hilos de plata.

La cumbre de la montaña era una planicie extensa, alegre como las laderas; como ellas cubierta de flores y de árboles en exuberante vegetación. Y como la montaña, aunque alta, no era gigantesca, en la cumbre no se sentía frío—¡ese frío glacial de las grandes alturas!—sino que el sol, llegando pronto á ella, la envolvía en un manto luminoso y tibio... Por lo que la cima de la montaña era una eterna primavera...

En dicha cima había una ciudad; no era muy grande pero era muy bella; no tenía casas altísimas que se enfilasen sobre calles estrechas como desfiladeros urbanos; en la ciudad de la montaña todo eran palacios... Palacios suntuosísimos con muros de mármoles, pórticos de jaspes y tejados de bruñido metal, con parques de umbría grata, que selvas y no parques semejaban.

Las calles no eran calles sino avenidas inmensas, decoradas con fuentes monumentales y estatuas bellísimas, y por estas avenidas discurría una multitud siempre animosa, alegre, alborozada, que se movía pausadamente, con suave ritmo de molicie, entre carrozas magníficas y caballos ricamente enjaezados.

Los habitantes de la ciudad, todos ricos, ¡muy ricos! no trabajaban; vivían en perpétua fiesta, sin penas ni dolores, pues en la ciudad no se oía un quejido, un lamento, sino sonar de músicas y cantos, trinos de pájaros y risas de mujer...

...Por lo que todos los rumores de la ciudad rica se resolvían en una eterna carcajada...

Al pie de la montaña había un valle. ¡Siempre sucedió lo mismo! —¡Las montañas necesitan valles para sostenerse...!—Es posible que las montañas hayan nacido porque los valles quisieron subir y empujaron..., empujaron..., y como no podían subir todos por igual, subieron unos... y fueron montañas, y los restantes... ¡se quedaron en valles!...

Digo que había un valle, y éste era muy grande, muy extenso, y no tenía flores ni mariposas, ni pájaros ni árboles; sólo tenía río. El río, sí, bajaba fielmente de la montaña, pero no era ya corriente de cristal ni cinta de plata, sino caudal obscuro y sucio de agua, de un color rojizo, rojizo... tan rojizo, que al salir del valle ¡sangre y no agua parecía!

Pero si el río aquel no bastaba para sustentar flores, era suficiente para fertilizar el llano que se extendía á uno y á otro lado de su cáuce en surcos terrosos, grises, parduzcos, con apariencia paradójica de desierto labrado.

No era un desierto el valle porque había en él una ciudad que en verdad no era sino un pueblo muy grande y muy feo..., muy triste..., muy sucio.

Visto desde lejos era montón de tejados ennegrecidos sobre paredes de adobes, tan raquíticas, tan desmedradas, que las puertas y ventanas que en ellas se abrían semejaban agujeros de topos y alimañas. Entrando en el pueblo, era éste laberinto de calles tortuosas, en las que se hacinaban las casas robándose la luz, el aire, el espacio... Por

todas partes, cuevas empinadas, esquinas, rincones, pedruscos, guijarros, barro, lodo... ¡qué feo, qué triste era todo aquello!

Y como en el pueblo todos eran pobres—¡muy pobres!—trabajaban, pasaban el día labrando el valle, las calles estaban casi desiertas, y los pocos que transitaban por ellas eran hombres de rostro atezado cubierto por mechones lacios que el sudor pegaba á la frente, mal encubiertos con ropas destrozadas cuando no con harapos miserables, ó mujeres de semblante pálido, casi cadavérico, con mejillas de anemia y labios de clorosis.

En la ciudad del valle se padecía hambre, se sentía pobreza... ¡Pobreza en todo! En el ambiente, porque el hacinamiento de moradas le enrarecía; pobreza de bienes, pues cuantos la habitaban eran desheredados de la fortuna; pobreza de inteligencia, pues mal podían discutir los que apenas comían; pobreza de voluntad, porque el hambre enervaba el ánimo; pobreza de espíritu, pues el sentimiento de la miseria le abatía...; pobreza de salud, de alegría... ¡de vida!...

Y como la pobreza trae aparejados grandes males, en la ciudad pobre se sufría mucho, ¡mucho!, y por todas partes se oían ayes lastimeros, sollozos, llantos de mujeres, gritos, maldiciones y blasfemias...

...Por lo que todos los ruidos de la ciudad pobre se deshacían en un perpétuo alarido de rabia...

*
* *

La ciudad pobre y la ciudad rica, aunque cercanas, no se conocían. A los habitantes de la ciudad rica no les gustaba bajar de su montaña; ¡para qué!; tenían en ella todas las delicias—¿Qué iban á buscar en aquel valle árido, gris; en aquel pueblo tan viejo, tan sucio, tan miserable...?

Los de la ciudad pobre subían á la rica. Subían á vender lo que producía su trabajo, á pedir sustento, pero no entraban en la ciudad; se les detenía en las murallas, y si alguno penetraba en aquellas hermosas avenidas,—con su traje y su traza famélica desentonaban de aquel cuadro de alegría y riqueza,—al momento le encerraban en una casa grande con aspecto de palacio, y ¡ay del que protestase!, porque le trasladaban á otro edificio muy lúgubre, muy triste; á lo menos en el primero,—llamábanle *Asilo*—había unas benditas mujeres muy modestas, con vestiditos negros y toquitas blancas, tan dulces, tan buenas, tan santas que hacían llevadero el encierro; en la otra casa—la nombraban *Cárcel*—no había más que celdas oscuras y hombres que trataban con dureza y violencia.

Por todo esto las visitas que los habitantes de la ciudad pobre hacían á la rica no les servían de consuelo, sino de tristeza y desesperación.

Y la ciudad pobre envidiaba á la ciudad rica; la envidiaba porque se comparaba con ella. Arriba todo eran palacios, mármoles, oro, alegría, riquezas, luz... Abajo, chozas, adobes, barro, tristeza, miseria, sombra... El sol envolvía en la aurora con sus rayos la ciudad rica y la hacía brillar con destellos de diamante á los ojos envidiosos de la ciudad pobre, y rara vez se dignaba bajar al valle y servirle, como limosna de luz y de calor, algunos rayos que la ciudad rica desechaba; en cambio si nevaba, la montaña sacudía lindamente su frío manto sobre el valle enviando á éste aludes inmensos, con lo que la ciudad pobre quedaba enterrada en nieve, y la rica, limpia y resplandeciente como siempre; si llovía, el río desbordado convertía la montaña en catarata que caía hasta el valle y le inundaba... ¡Todos, todos los bienes para la ciudad rica, para la pobre todos los males!

Y de la envidia nació el odio; un odio feroz, mortal, de la ciudad pobre hacia la rica, y del odio el deseo de vengarse de la alegría, de la felicidad insultante de la montaña.

Los habitantes del valle determinaron destruir la ciudad feliz. Pero esto era muy difícil. Es verdad que ellos eran muchos, pero los de arriba, como eran ricos, tenían murallas inexpugnables y máquinas de guerra; además, estaban arriba, en la montaña—¡sólo por esto era desventajosa la situación para la ciudad pobre!—Por fin algunos encontraron medios de destrucción. Subir á la ciudad es imposible—dijeron, pero puesto que está en una montaña, horademos la montaña, socavémosla, y cuando esté horadada... falta de base, se hundirá para siempre la ciudad rica...

¡Y á horadar la montaña fueron todos, todos los habitantes de la ciudad pobre!

Nadie labró el valle desde entonces; reuniéronse sus habitantes alrededor de las laderas y con fruición salvaje se dedicaron á la obra destructora... Y con piquetas, con azadas, con piedras, ¡con las uñas los que nada tenían!, empezaron á horadar sus flancos...

Cada excavación que se practicaba, ¡qué contento!; cada chinarro que se desgajaba, ¡qué alegría!; cada roca que saltaba en pedazos ¡qué gozo!...; y todos trabajaban, trabajaban con anhelo inmenso esperando el momento supremo en que la montaña crujiere y se resquebrajasen las moles de granito, y la piel del coloso se hendiese en último desgarramiento y se abriera una sima profundísima por la que prados

y avenidas, árboles y palacios, estatuas, piedras preciosas... ¡Todo, todo, desapareciera para siempre!...

¡A horadar, á horadar la montaña!

La ciudad rica percatóse al fin de tal labor; y ¡qué pánico entonces!... Lloraban las mujeres, corrían azorados y convulsos los hombres... ¡en la montaña aquel día se conoció el dolor!

Reuniéronse en Consejo los ancianos y no hubo entre ellos conformidad de criterio. Quién proponía, belicoso y sanguinario, bajar al valle y asolarlo; quién, más cauto y prudente, pactar con la ciudad pobre, ofrecerle dinero, sobornarla; otro proyectaba huir con las riquezas que pudieran recogerse; alguno, altivo é indomable, ¡hundirse antes que tratar con la canalla!

No hubo acuerdo, y el pánico aumentó y á las risas y cantos que poblaban el aire de la ciudad rica sucedieron estremecimientos de miedo, voces de terror...

*
* *

En la falda de la montaña, entre las dos ciudades, emergía un convento. Los frailes que en él habitaban eran el único lazo de unión entre los habitantes de la cumbre y del llano, pero en una y otra eran mal recibidos.

La ciudad rica sentía aversión hacia ellos porque eran modestos, humildes; predicaban contra el lujo y no se avenían con el desenfreno... La ciudad pobre tampoco les estimaba como debía; es verdad que daban limosnas, pero aconsejaban resignación, amor..., y en aquel ambiente de rencores y odios, el amor era rechazado.

La fama ensalzaba tanto el saber de los monjes, que la ciudad rica llamóles á Consejo; acudieron solícitos, y dando á su plática acentos paternales, el más viejo de ellos habló de esta manera:

—Porque no os conoce; porque os empeñásteis en vivir aislados, la ciudad pobre os odia y quiere destruiros. Sólo tenéis un medio de evitarlo. Vended vuestros palacios de mármol y de pórfido, vuestros caballos, los arneses de plata, los muebles de maderas preciosas; todo lo supérfluo, lo que para nada sirve; demoled vuestras murallas, edificad nuevas casas por las laderas, bajad después al valle y decid á sus pobladores:—¡Subid á la montaña, vivid junto á nuestras moradas y reine desde ahora la paz entre nosotros!...

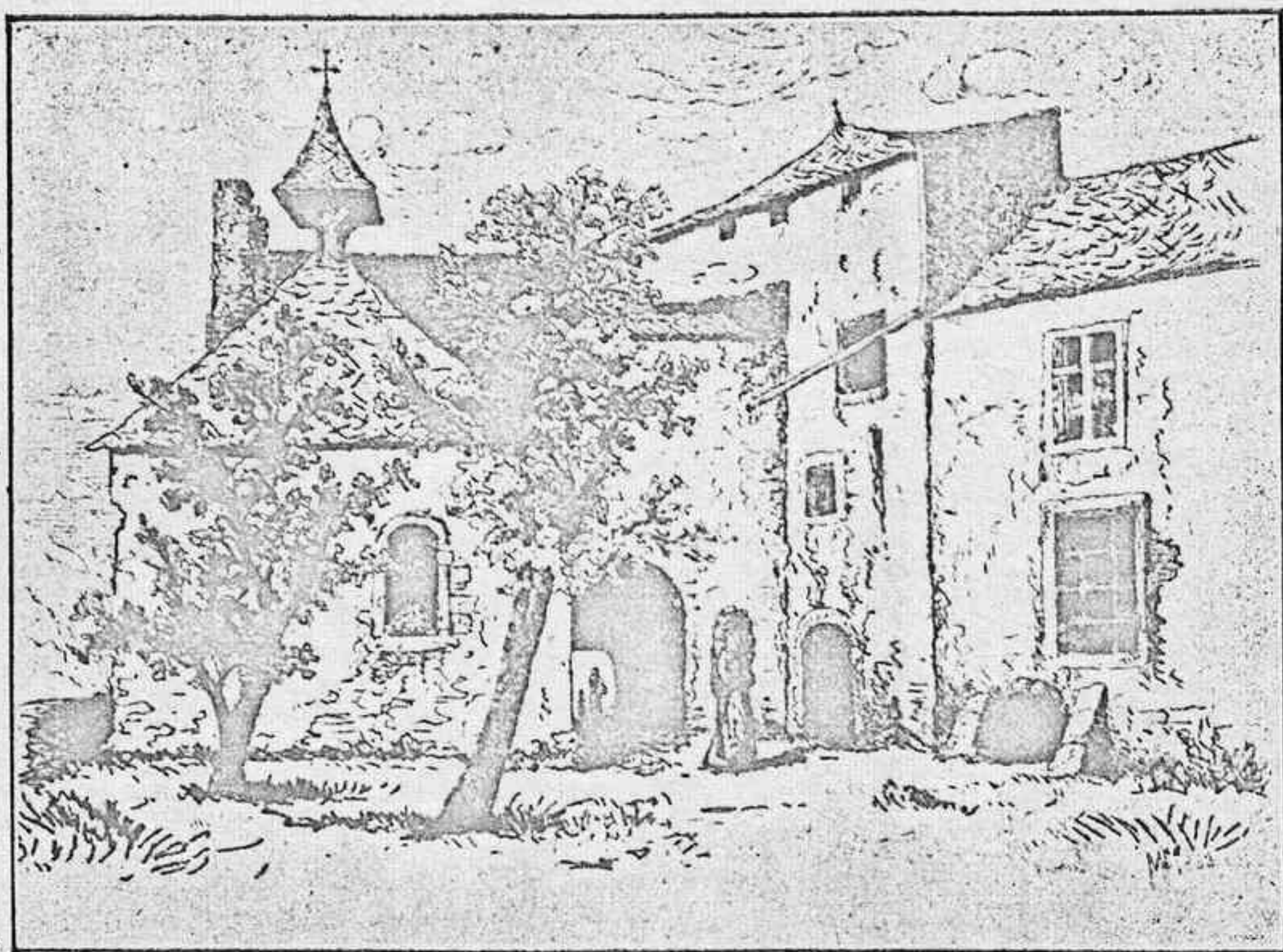
...Y así se hizo. Los ricos se desprendieron de aquello que no necesitaban y bajaron á la ciudad pobre, y destruyeron sus casas—aquellas casas que parecían madrigueras de topos—levantando otras lim-

pías, blancas, iguales, que trepaban por la montaña hasta confundirse con las que edificaron para ellos.

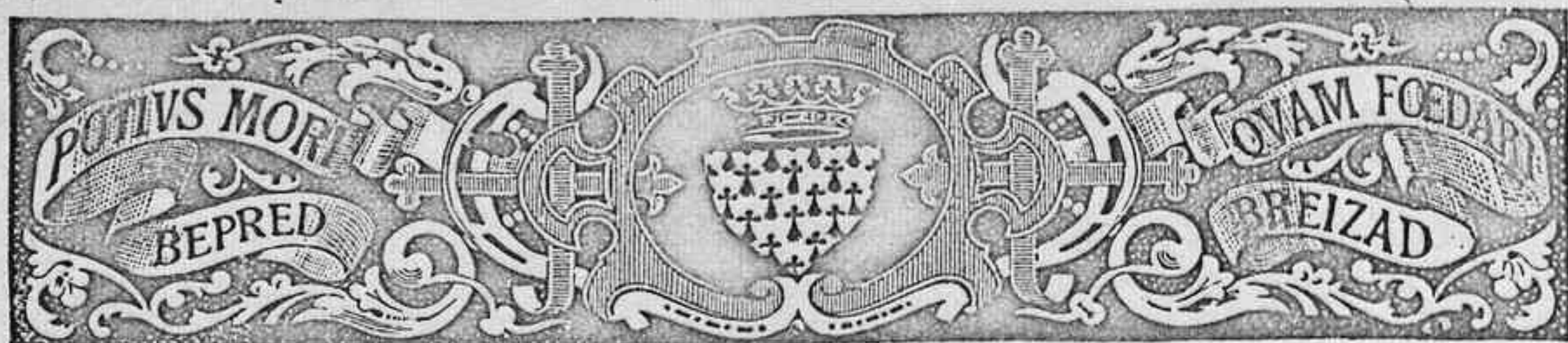
Y con esto quedó vencido el odio de la Ciudad pobre hacia la Ciudad rica, y ambas desaparecieron para siempre fundándose en su lugar otra más hermosa, que por su origen se llamó—«La Ciudad de la Caridad y del Amor».

.....

FEDERICO SANTANDER.



DE LA COLECCIÓN DE AGUAS FUERTES DE LA EGREGIA ARTISTA
S. A. R. LA CONDESA DE FLANDES, NÉE PRINCESA DE
HOENZOLLERN.



VERITAS

No es nuestra ciencia la que el mundo adora
Falaz, deslumbradora,
Que al mundo arrastra en torpe servilismo
Y al pálido lucir de sus colores
Difunde sus errores
Y á cada hombre sepulta en un abismo.
¡Ciencia! ¿Qué es hoy? es código impudente
Que ostenta en cada frente
La infame ley de lúbricas pasiones,
Á cuya sombra el libertino canta
Que la ciencia es ley santa,
Ley que rige del hombre las acciones.
¡Ciencia! es el humo que abochorna y ciega
La mente adonde llega
Chispeante su antorcha destructora,
Y escalando del hombre la conciencia
Es cada inteligencia
Caverna do el error moderno mora.
¡Ciencia! es, oh Dios, impúdica matrona
Que orgullosa pregona
La libertad del siglo diecinueve;
Y de ella asalariado el hombre impío
De su libre albedrío
La independencía á proclamar se atreve.
¡Ciencia! es el caos que en su obscuro abismo
Al vil materialismo
Da fuerzas y vigor, licor suave
Que en el orgullo al mísero enajena
Y con áurea cadena

Preso lo tiene como el lazo al ave.
¡Ciencia! es del hombre favorita diosa
Que en cada uno orgullosa
Erigido ha un altar, y á cada hombre
Negando altivo el Dios del cristianismo
Lo ha hecho Dios de sí mismo
Y que de su alma el árbitro se nombre.
Matrona en su esplendor prostituída,
Reina augusta sin vida,
Estrella sin fulgor, sin aguas fuente,
Inmundo charco, cueva tenebrosa,
Cadáver que en la fosa
Encubre en negro fango su alba frente.
Con casta mano removi6 su cieno
Y de esplendores lleno
Su cadáver torn6 la Iglesia un día
Porque en sus hijos su infección no echara;
Nuestra ciencia es luz clara,
El ángel de la fe que al cielo guía.
No es la ley del infame, ley proscrita,
Que al sabio precipita
Contra el error de la materia inerte;
Ni la que á Dios usurpa la corona,
Ni la infame matrona
Que esparce por doquier sombras de muerte.
Es la que á Dios ofrece su tributo,
La que disipa el luto
De muerte, que infundi6 en la inteligencia,
Es la que ley de amor ostenta escrita,
Es la ciencia bendita,
Humilde sí, mas verdadera ciencia.
Más pura que la luz de la mañana,
Como en el prado mana
Cristalino el arroyo, la bebemos
De nuestra madre en el regazo, y ella
Es de la noche estrella
Porque nunca al error tributo demos.
Y antes que oculto bajo de áureo brillo
Cual punzante cuchillo
Abra en la inteligencia franca entrada,
Nos la señala con el dedo y deja

Clara luz que refleja
Del error en la frente enmascarada.
Y si segura en la infernal neblina
No duda y se alucina
Nuestra mente, nos lleva de la mano,
Y sin soltarnos nos descubre un poco
El velo con que loco
Sus errores el mundo oculta en vano.
En vano, sí, porque la misma ciencia
Que ha en su pecho existencia,
Material, hedionda, empodrecida,
La misma ciencia en nuestra mente pura
Que esplendente fulgura,
Esa le dará fe y le dará vida.
Y mientras duerme en su delirio insano,
El misterioso arcano
Le abrirá de qué hay Dios á quien adore,
Que hay alma espiritual y que en la muerte
El Dios tres veces fuerte
Siempre perdona á quien sus yerros llore.
Ella descubrirá la furia loca
En que hoy se desboca
El siglo de hacer Dios á cada hombre,
Uno por uno contará sus vicios
Y allá en sus precipicios
Llamará á la soberbia por su nombre.
Y en su furor dirá al entendimiento
Que el libre pensamiento
De Cristo ha de humillarse á la doctrina,
Que no hay ciencia sin Dios, y sólo aquélla
Es de ciencias estrella
Que nuestra fe católica ilumina.
Y en medio las tinieblas clara senda
Que del error defienda
Abrirá y que desgarré el negro velo,
Por donde el hombre la verdad alcance
Y en la verdad avance
Y seguro con ella vuela al cielo.

A. Q. TAVERA.



SANTA TERESA EN ESCENA (*)

FUÉ espléndido, sobre toda ponderación, el homenaje que tributaron los ingenios españoles contemporáneos de Santa Teresa de Jesús en loor y obsequio de esta excelsa poetisa, gloria de su siglo y ornamento insigne de nuestra Patria.

Su heroica y santa vida fué al efecto fecunda en acciones memorables, dignas de ser esculpidas en mármoles y bronce, y de ser glosadas y enaltecidas en la lengua sublime de los dioses.

Por eso, antes de que la Iglesia canonizase su celestial sabiduría y maravillosas virtudes, de todos los ámbitos de la

(*) La representación de *La Vierge d' Avila* en el teatro de Sarah-Bernhardt, de París, da indudable oportunidad al presente artículo, que fué publicado en el núm. 4 de esta Revista (año II, 1.^a época).

Por cierto, que M. Catulle Mendès, en la defensa que acaba de hacer de su drama, en un diario de la corte, en un alarde de erudición —pobrísimamente y sacada, de fijo, de los compendiosos manuales de Historia de la Literatura Castellana, que sirven de texto en los Gimnasios y Liceos de la vecina República—nos dice que también nuestros dramaturgos, ¡no lo sabíamos!, habían llevado al teatro asuntos religiosos, con lo que trata de disculparse del pecado de profanación execrable de que justamente se le acusa

¡Ah! Nuestros dramaturgos trataron siempre—aun en las tablas—las cosas santas como deben tratarse, santamente.

Se me olvidaba. Catulle Mendès, que á última hora, *risum teneatis amici*, quiere sentar plaza de erudito—á la violeta, sin duda que lo es—cómo se ha dejado en el tintero los antecedentes de su drama, no sacándonos á relucir, pinto el caso, la comedia de Bautista Diamante, titulada *Santa Teresa de Jesús*, y sobre todo la de Frey Lope de Vega y Carpio, al cual cita en su artículo auto-crítico, la que lleva por título *Famosa Comedia*.—*La Bienaventurada Madre Teresa de Jesús?*

¡Ah! ¡Catulle Mendès con erudición cuánto sabría!...

Península subió á los cielos un himno armonioso en honor de la Virgen abulense; celebráronse de súbito justas literarias en la corte y en provincias, y de todas partes acudía solícito el poeta español con los partos felicísimos de su ingenio.

Cervantes ensalzó en armoniosas estancias líricas los deliquios ardorosos y fervientes éxtasis de la virgen de Castilla; Calderón cantó la peregrina hermosura de aquella flor que embalsamó con la fragancia de su aroma el monte Carmelo; Leonardo de Argensola y Juan de Jáuregui, el felicísimo traductor de *Aminta*, entonaron un himno nupcial al matrimonio espiritual de la mística doctora; la fervorosa poetisa sevillana Sor Francisca de Santa Teresa, heredera de la inspiración de la insigne fundadora de su Convento, cantó con entonación robusta y fogosa la *Transverberación* de su santa madre, y Villegas, y Medrano, y Montalbán, y Guillén de Castro, y López de Zárate, y el Conde del Basto, y Fray Bernardo del Castillo, y cien otros ingenios más ensalzaron á porfía el temple varonil del espíritu de Teresa de Jesús, las poderosas energías de su alma, los destellos de su soberana inspiración, el fervor de sus poesías, su acrisolada virtud y ciencia altísima, su heroica vida y santa muerte, su fama y su gloria...

Dijérase que la poesía castellana fué entonces arpa eólia cuyas cuerdas de oro, heridas por el soplo de divina inspiración, vibraban celestes armonías en loor y gloria de la Reformadora del Carmelo.

La musa juguetona y humorística se complacía y recreaba en fingir y exornar anécdotas y donaires de gracia culta y jovial, la lira prorrumpió en sonoras y melodiosas estrofas, la trompa épica llenó los ámbitos de Iberia con sus sonos graves y armoniosos, y hasta el teatro se cubrió de gloria al presentar en la escena española la figura de la extática virgen que hoy llena al mundo con la fama de su nombre (1).

(1) Son innumerables las composiciones del género lírico que se presentaron en los varios torneos literarios que se celebraron en honor de Santa Teresa: del género heroico se publicaron varios poemas tocados del culteranismo que comenzaba ya á hacer grandes estragos en el Parnaso Español; es digno de honrosa mención un poema épico titulado *El Caballero de Avila por la Madre Teresa de Jesús*, impreso en Zaragoza en 1623; fué su autor el Presbítero Juan Bautista Felices; ensalzado por Lope de Vega en *El Laurel de Apolo*; por último, del género dramático á más de la *Famosa Comedia*,—que antes se

Dedicáronse por aquel entonces los dramaturgos españoles á componer dramas *á lo divino*, comedias de santos, loas y autos sacramentales; uno de los que con más fervor y éxito cultivaron este género sagrado, fué el Fénix de los Ingenios, el poeta más fecundo del orbe, autor de numerosas comedias de santos, algunas de relevante mérito y dignas de su estro soberano.

Este excelso poeta, no contento con haber enaltecido la imperecedera memoria de nuestra Santa y de haber formado en cierto modo la corona poética que los ingenios españoles dedicaron á la poetisa castellana, quiso honrarla de un modo aún más brillante escribiendo una *Famosa Comedia* titulada *La Bienaventurada Madre Teresa de Jesús*.

En honor de la verdad, la *Famosa Comedia* no añadió laureo alguno al inmortal dramaturgo, pues desgraciadamente esta comedia pertenece al número de aquellas otras acerca de las cuales dijo el mismo Lope:

“Y más de ciento en horas veinticuatro
Pasaron de las Musas al teatro”;

pero esto nada empece á su ilustre fama, pues lo que pierda en prez y gloria el poeta español, gánalo con creces el entusiasta y ferviente teresiano.

Estoy seguro que al escribir su *Famosa Comedia* no aspiró á conquistar nuevos laureles; ¿para qué, si había ceñido ya cien veces á sus sienes el inmarcesible *Laurel de Apolo...?*

Lo que anhelaba ansiosamente el Fénix de los Ingenios era popularizar la memoria de su esclarecida protagonista, sublimar con la magia del estilo dramático sus estupendas acciones y grabar en la fantasía y en el corazón de nuestros mayores con caracteres de luz y de fuego la radiante imagen de nuestra Santa; tal era el fin altísimo que se propuso el dramaturgo español.

Y no hay duda que debió de conseguirlo: porque es bien seguro que el numeroso público que aplaudía frenético los inmortales dramas de Lope de Vega acudiría al teatro á presenciar la *Famosa Comedia*, y al presentarse en escena *La*

creía escrita por Vélez de Guevara y hoy es unánimemente atribuída á Lope de Vega Carpio—escribióse otra comedia titulada *Santa Teresa de Jesús*, por D. Juan Bautista Diamante, escritor ilustre que brilló en la segunda mitad del siglo xvii.

Bienaventurada Madre Teresa de Jesús batiría palmas con delirante entusiasmo, y ese entusiasmo delirante crecería por grados en el curso de una acción complicada, interesante y maravillosa por demás, al ver á una joven que en aras de su pureza ofrece á Dios el holocausto de una hermosura extraordinaria vivamente codiciada por dos gallardos, apuestos y arrogantes mancebos; al verla, una vez holladas valetosamente las vanas pompas del siglo, vestirse las tocas monjiles, y arder en deseos fervientes de propagar la gloria de Dios hasta los confines del orbe; y subiría de punto la admiración del público al verla—después que un Serafín atravesara con ígneo dardo su corazón—revestirse de fortaleza lo bastante para luchar y reluchar con invencible denuedo contra todas las potestades de la tierra y del infierno, y erigir en nuestro suelo numerosos conventos, pregoneros de su poder taumatúrgico, que eran á la par insignes trofeos de sus brillantes y señaladas victorias; y finalmente, coronaría con espléndida ovación la sagrada comedia al ver morir á la monja andariega en su pobre celda, víctima del amor divino, más bien que del ardor de la fiebre, al pie de aquel árbol estéril que en pleno otoño vióse, de súbito, adornado con primaveraval eflorescencia.

Y después de presenciar todo este maravilloso conjunto de virtudes y prodigios, enaltecido en cadenciosas y bien acordadas estrofas, el público saldría lleno de admiración hacia su ilustre compatriota, llevando indeleblemente impresos en su mente y en su corazón los rasgos más geniales y característicos de la santa fundadora.

¿Qué importa, pues, que la crítica encuentre en la *Famosa comedia* defectos, que por otra parte son anejos á toda obra humana, que haya algunas escenas frías, sin movimiento ni acción y rasgos propios más bien del púlpito que del teatro, y el estilo sea á veces desmayado y prosáico? Todos esos defectos y cien más que encuentre el crítico displicente en una obra escrita hace tres centurias para solaz y aprovechamiento espiritual más bien que artístico de un pueblo creyente y devoto, no aminora en modo alguno el mérito á que se ha hecho acreedor el portentoso numen de Lope de Vega al santificar el proscenio español, haciendo desfilan por nuestro grandioso teatro á *La Bienaventurada Madre Teresa de Jesús*.



CRÓNICA

Profanación absurda.—España entera ha protestado ya enérgicamente, en nombre de su religión, de su historia y de su literatura, contra la estupenda monstruosidad llevada á las tablas obscenas de París por un industrial literario, Catulle Mendès, y declamada por la judía Sarah Bernard, bajo el título sugestivo de *La Vierge d'Avila*

Tres siglos han pasado desde el glorioso tránsito de Santa Teresa, y las generaciones han ido desfilando ante su sepulcro con respetuosa admiración, depositando una corona de siemprevivas, símbolo de su universal simpatía hacia la maravillosa Virgen, formada con auras del Carmelo y aromas de Castilla.

Sola Francia, que parece tener alquilado el escándalo en su moderna orientación, ha sido capaz de lanzar el primer puñado de polvo á la tumba veneranda de la más garrida castellana que encumbran los altares, y con audacia realmente diabólica, insuflar el primer vaho de torpeza al blasón immaculado de su santidad.

No podía suceder menos. Ese polvo ha rebotado á la frente del menguado calumniador y ese vaho ha servido solamente para diagnosticar la inmensa corrupción de alma del autor que tal escribe, de la actriz que tal representa, del público que tal aplaude y de la nación que tal consiente sin sonrojo de su conciencia.

El sentimiento nacional, no sólo el religioso, de España, se ha sublevado con magnífica bravura ante tamaña profanación del literato francés

Ateniéndonos al juicio finísimo de un sagaz crítico español, Catulle Mendès es un "pobre señor, que ni goza en su patria de verdadero prestigio literario, ni es considerado como hombre de letras, ni ha escrito una sola página que pueda ponerse junto á las de un Gourmont, un France ó un Barrés".

¿Qué extraño es que metido á retocar la gran figura de Santa Teresa para acomodarla un tanto á la estragación artística de su país, haya hecho literariamente un cien piés. históricamente una mixtificación y religiosamente un repugnante sacrilegio?

Por lo literario han protestado virilmente Maeztu y Azorín, en nombre de cuantos intelectuales no supeditan su personalidad á la pauta grotesca y antinacional de Francia. Por lo religioso han protestado unánimes Avila, Alba y Salamanca, en representación de la península teresiana. Y por lo histórico ha protestado y está aún protestando el espíritu caballeresco español, vilmente desafiado por la ignorancia dañina de quien no sabe andar por España sin dejar rastro de veneno.

Por los tres conceptos, y en nombre de todas las almas teresianas, esparcidas por todo el mundo, consignamos también nosotros aquí, en su propio lugar, la protesta más viva y el mentís más contundente contra el detentador teresiano de la santidad esclarecida de Teresa de Jesús y rechazamos como propias y devolvemos al rostro del calumniador las injuriosas insinuaciones con que intenta malparar la aurcola nunca empañada de la más popular de nuestras santas.

Y aquí terminaría nuestra palabra sobre este asunto, consolándonos con observar que la torpe maniobra de Mendès ha servido para realzar más y más la gloria de Santa Teresa, si el infierno no hubiera buscado también secuaces y coreadores del escritor francés en la misma Salamanca.

Y ésta, sí, ésta ha sido una infamia ante la cual ya sería factible la hipótesis cínica de Mendès, de que sus versos debieran recitarse en el mismo templo de Avila, como desagravio, cuando algún blasfemo brutal injuriase á Santa Teresa.

¿Quién diría á Catulo Mendès que esos *blasfemos brutales* habían de encontrarse precisamente en Salamanca, la ciudad que ha logrado la fortuna de custodiar en una de sus villas las reliquias venerandas de la Santa Reformadora? Menos mal que fueron un puñado... y todos harto conocidos en Salamanca, para que sus silbidos se deban apreciar más de lo que en sí merecen. En cambio, el oprobio cayó sobre sus nombres y la ciudad en masa aclamó á Santa Teresa con verdadero frenesí... Y si la audacia de los ofensores hubiese dado un paso más, hubiéramos demostrado al mundo que leones guardan el tesoro de nuestra veneración, y que toda nuestra sangre sería bien empleada en obsequio de la Santa, que ha colmado de radiante gloria nuestra olvidada región.

¡Almas teresianas, encendidas de amor por Dios, por Teresa de Jesús y por España! El infierno ha dado el toque de atención; la batalla de nuestra fe se aproxima; vencedores ó mártires, se nos prepara un lauro de inmortal honor... ¡No temamos!... Porque contra los enemigos todos que nos asedian, tenemos á Dios como amparador y... *¡sólo Dios basta!*

*
*
*

En Ávila.—Escriben de esta ciudad:

“Excediendo á toda ponderación, se ha verificado la festividad religiosa en la que los hijos de esta población, heridos en sus sentimientos de católicos y de paisanos de Santa Teresa, han formulado enérgica y digna protesta ante la descabellada obra de Catulle Mendès *La Vierge d'Avila*.

A la hora fijada para la misa de Pontifical, el templo se hallaba literalmente lleno. No sólo la ciudad entera se apresuraba á ofrecer á Santa Teresa el testimonio de su amor, sino que habíase aumentado el contingente de fieles con las peregrinaciones llegadas de los pueblos.

La fiesta resultó solemnísimas.

El sermón, á cargo del Magistral, fué un hermoso himno á la Mística Reformadora del Carmelo, demostrando el orador sagrado que la irreligiosidad, la vanidad y la codicia son los factores principales para que en la sociedad se traten con inconsiderada falta de respeto las cosas más santas, no teniendo reparo algunos autores en servirse de ellas cuando pueden obtener un efecto escénico.

Terminada la misa se ha organizado una magnífica procesión para trasladar la bellísima imagen de la Santa á su iglesia.

Todas las Asociaciones piadosas, clero, comunidades religiosas, dignísimo señor Obispo, representaciones de la Academia de Administración militar, Instituto general y técnico, Gobierno militar, Ayuntamiento y el senador don Isidro Benito, componían esta lucida manifestación de la religiosidad de Ávila, cerrando tan imponente comitiva la presidencia, formada por los señores Alcalde, Presidente de la Diputación provincial y Gobernador civil interino.

Nuestro Ilmo. Sr. Obispo ha recibido entusiastas telegramas de adhesión á esta festividad de desagravio y de protesta, contándose entre ellos del diputado á Cortes D. Pascual Amat, de los senadores Ortuño y Sánchez Albornoz, del Centro de Defensa Social firmado por el Excmo. Sr. Marqués de Casa-Arno, é innumerables otros de entidades particulares.

En Alba y Salamanca. La villa ducal ha formulado una vigorosa protesta, en la que podemos decir que ni un corazón albense ha dejado de tomar vivísima parte.

En Salamanca, varias señoras, de lo más distinguido en sangre y piedad, tomaron la iniciativa plausible de celebrar una fiesta solemnísimas y una procesión imponente, como desagravio regional á la Santa. Al efecto, repartieron profusamente una hoja, de la que entresacamos los más salientes párrafos:

“¡Salmantinos!: Sois hijos de Santa Teresa de Jesús, la tenéis por Patrona de la diócesis, os cabe la gloria de conservar en la villa de Alba de Tormes su cuerpo, su brazo y su corazón, aquél corazón cristiano y español, capaz de acometer las más árduas empresas, y de tanta grandeza, que tuvo que ser atravesado por un dardo

para poder dar salida al fuego de amor de Dios en que se abrasaba. Tales son los títulos que ostentáis para ser los primeros en amor á esta Santa, como siempre lo habéis demostrado y nunca lo habéis desmentido. Seguras estamos de que ahora más que nunca lo mostraréis, y por eso, interpretando vuestros deseos, os dirigimos un llamamiento para que reparéis la ofensa que, en la vecina República de Francia, se le ha inferido.

Un autor francés, Catulle Mendès, ha puesto en escena en París un asqueroso drama titulado *La Virgen de Avila*. No vamos á exponer su argumento, pues su sola lectura ofendería el pudor: baste decir que en él se trata á Santa Teresa de Jesús de histérica y sensual; que se ofende su pureza sin mancilla y su aquilatada fe; que se la presenta, á la vez que, como Esposa de Cristo, aprobando á la hora de su muerte unos amores sacrílegos y repugnantes: en una palabra, se ha querido manchar su purísima vida con el estigma de la impureza, y se le ha inferido la mayor injuria que concebirse pudiera.

¿Y nosotros, que tenemos á la Santa por Compatrona de España y de la diócesis, y que podemos llamarnos con razón sus hijos predilectos, toleraremos que así se vilipendie y se ofenda á nuestra amada Santa? No; mil veces no. Ya en Avila, su país natal, se le ha hecho, en desagravio, una solemne función en la Catedral y una triunfal procesión; ¿y ha de ser menos Salamanca en cuya tierra quiso el Señor que muriera y fuera sepultada?—En cierta ocasión dijo Jesucristo á la Santa: "Tú celarás mi honra, y yo la tuya";—por eso los avileses y los salmantinos, al salir en defensa de Teresa de Jesús, podemos creernos con santo orgullo los escogidos por Jesús para celar la honra de Teresa.

¿No hemos, pues, de desagraviar como los de Avila, en pública función á la Santa? ¿no hemos de pasear su imagen triunfalmente por nuestras calles? ¿y no hemos de dirigirnos después en peregrinación á Alba de Tormes, y allí postrados ante su sepulcro, protestar contra tan villana ofensa, y prometerla no omitir medio para impedir se represente en España ese esperpento dramático?

María Martín, Adela Peyra, Casilda López, Josefa Murga, Ana de la Riva, Dolores de la Colina, Dolores Fernández, Amalia Martín, Celestina de la Colina,

En consonancia con esta generosa proclama, el pueblo de Salamanca acudió entusiasmado á la Catedral, donde se acordó habría de celebrarse solemnísimamente fiesta de desagravio.

La solemnidad del acto, el concurso fervoroso del pueblo, la magistral oración del profesor de Calatrava, Dr. Lorenzo Rodríguez, y un no sé qué de sobrenatural que flotaba en el ambiente, impulsó á dar esplendor, vida y energía desusada á la manifestación más espontánea y al propio tiempo más nutrida que la fe de Salamanca ha presenciado en sus anales.

Los elementos revolucionarios de Salamanca habían difundido una contrahoja excitadora al tumulto; las autoridades se declararon por aquella tarde sordas, ciegas y mudas; aires de tempestad se empezaban á sentir... Pero los salmantinos católicos, que están más por la melena que por el vellón, lejos de arredrarse por las bravatas de los *demócratas*, se decidieron á sostener su derecho contra viento y marea. Y ordenada, magnífica, resuelta se enfiló la procesión hacia la Plaza, con la efigie bendita de Santa Teresa. Paisanos y militares, niños, señoras y caballeros de toda clase social, cofradías y asociaciones, seminaristas, calatravenses, clero secular y regular, dignamente coronado por el Ilmo. Cabildo y presidido por el dignísimo Sr. Gobernador eclesiástico, M. I. Sr. D. Toribio Martín de Beláustegui, á quien acompañaban de asistencia los M. I. Sres. Canónigos Campoamor y La Mano, todos llenaron con su fervor y cristiana valentía las calles de Salamanca y pasearon triunfalmente á Santa Teresa por su predilecta ciudad.

Al llegar á la plaza Mayor, los sectarios, previamente *enardecidos* en el café, trataron de estorbar la procesión, y hubo héroe que se atrevió á quitar el estandarte... ¡á un niño! Entonces el entusiasmo de los católicos se desbordó, y los vítores, los cánticos y las aclamaciones de todo el pueblo ahogaron los silbidos vergonzantes de los cuatro mozalbetes alquilados para armar alboroto... ¡Así fué el espectáculo más hermoso! Porque podemos decir que paseamos á Santa Teresa no sólo por las calles de Salamanca sino por las puertas del infierno; y entre sus rabiosos emisarios, la mirada sonriente de la Santa era la repetición de aquella graciosa higa, que tan frecuentemente dió en vida al demonio.

Llegados á la Catedral, sus amplísimas naves se llenaron de bote en bote;

el Sr. Deán pronunció elocuentísima arenga al pueblo; y millares de voces, que no nacían de la garganta, sino del corazón, aclamaron, bendijeron y vitorearon miles de veces á nuestra egregia Compatrona... ¡por la primera vez!... insultada en Salamanca á ciencia y paciencia de sus meticulosas autoridades.

* * *

Más protestas.—Imposible nos es reproducir el número incontable de protestas que de todas partes llegan contra el drama de Mendès. Entre todas haremos notar la formulada por D. Eduardo Hinojosa, en nombre de la "Junta diocesana de Acción Popular de Madrid," y la dirigida en francés por nuestra insigne colaboradora D.^a María de Echarri á *La Croix d'Avignon*, de donde la copiamos:

"*La Croix d'Avignon*.—Nous avons recu d'Espagne la lettre suivante que nous publions avec plaisir:

Monsieur le Directeur de la *Croix*: Je vous demande pardon de ces quelques lignes que je vous adresse dans un but bien naturel á un coeur catholique et espagnol, blessé dans ces deux sentiments, et j'espère que votre impartialité et justice reconnues, les fera insérer dans votre journal où j'ai eu l'honneur de collaborer quelques fois.

Catulle Mendès a fait de notre grande sainte Thérèse un drame où, non seulement la part historique est gravement atteinte plusieurs fois, mais la part religieuse est totalement défigurée.

Franchement, en Espagne, on n'aurait jamais cru que Catulle Mendès fut capable de telles erreurs, comme celle de dire que le Monastère de l'Escorial est d'un style gothique, ce qui est une absurdité qui ferait rire même nos plus ignorants écoliers, et d'assurer que Sainte Thérèse mourut á Avila lorsque sa mort eut lieu á Alba de Tormes.

Un écrivain du renom de Mendès aurait pu soigner ses souvenirs et prendre des notes plus sûres pour éviter les observations peu favorables sur son compte qui se sont faites dans mon pays, que c'est triste á dire mais la vérité l'exige. on connaît fort peu et fort mal dans votre sympathique nation

Et si le sentiment national a été blessé par ce drame qui transforme notre grande Sainte Thérèse en une personne á moitié folle le sentiment religieux proteste énergiquement du roman que l'on a attaché sur l'histoire si belle et si magnifiquement pure de la Reformatrice du Carmel.

L'Association "Teresiana," a fait connaître le vif déplaisir avec lequel elle a su la nouvelle du drame de M. Mendès, la Presse catholique et la non catholique a protesté également.

Pensez qu'en Espagne le nom de Thérèse de Jésus est vénéré par ceux qui l'implorent comme une sainte et par ceux qui l'admirent comme femme d'un prodigieux talent, pensez si on aura été content d'une telle pièce, qui ne fait pas grand honneur á son auteur non plus

Pardon encore une fois, Monsieur le Directeur, et merci de ces quelques lignes qui vous arrivent de cette Espagne que les Français devraient apprendre á mieux connaître. ainsi que l'Espagne connaît et aime sa soeur latine — Salutations. — MARÍA DE ECHARRI, Redactrice á *l'Universo*. — (Espagne) Madrid-1906

* * *

Nuevos impulsos.—La cooperación generosa de la ilustre dama, D.^a Blanca de los Ríos de Lampérez, prez de las letras españolas y orgullo del hogar cristiano, va á comunicar alientos vigorosos á LA BASÍLICA TERESIANA, que harán de ella, seguramente, una de las primeras revistas del mundo... ¡Como se la merece Santa Teresa! Tres secciones comprenderá el conjunto; una *doctrinal* teresianista, sobre la vida, obras y espíritu de la Santa; otra *literaria*, en que se insertarán amenidades de poesía, narración y crítica, y la tercera *artística*, consagrada á la vulgarización de los tesoros que el arte cristiano encierra. La redacción estará formada por las celebridades más prestigiosas en

cada orden. En el próximo número nos daremos el placer de ofrecérsela á nuestros entusiastas teresianos.

*
**

El nuevo Obispo de Plasencia. — Con júbilo unánime de los salmantinos ha sido presentado y preconizado Obispo de Plasencia el M. I. Sr. Chantre de esta Santa Basílica Catedral, D. Francisco Jarrín y Moró. Colaborador antiguo de LA BASÍLICA TERESIANA, al ser hoy encumbrado á la dignidad que sus relevantes méritos parecían exigir desde hace largo tiempo, reciba, entre las cariñosas felicitaciones, que aplauden su nombramiento, la no menos cariñosa y cordial de esta casa, que siempre recordará con gratitud las efusiones de su alma teresiana y hará votos porque su Pontificado sea próspero á gloria de Dios... y, nos atrevemos á pedir, también de su amada Santa Teresa.

*
**

Dámaso Ledesma — Hay más cariño en el *tu* familiar que en el *don* rimbombante. Por eso preferimos poner escueto el nombre del ya popularísimo organista salmantino, y amigo nuestro queridísimo, Dámaso; porque su nombre es de por sí un florón de Salamanca.

El alma charra, desconocida para quienes más la sobaban con su pluma, andaba esparcida por esos campos y diluída en charradas, muelos, acarreas, rondas, fandangos, aradas, pasiones, cuneras..., en todas las manifestaciones armónicas de un pueblo que siente porque sabe, y canta porque siente.

Dámaso escuchó la melodía de nuestro país y comprendió el tesoro inmenso desgranado entre los terrones del barbecho, las espigas de la mies y las llares del hogar. Y allá se fué solo con su pensamiento de ensartar esas joyas en una guirnalda y presentarlas á la admiración del arte. A este fin, sin regateo de expensas, ha dado en el Ateneo de Madrid, primero, y después en el teatro Bretón de Salamanca unas audiciones, que han sido la delicia de ambos públicos y la apoteosis de nuestra musa campesina.

El exceso abrumador de materia nos impide celebrar dignamente el triunfo incomparable del artista salmantino. Según su propia confesión, dentro de un mes habrá ya editado su primera colección comprensiva de más de *quinientas* tonadas de nuestra tierra. Para entonces prometemos á los lectores ocuparnos más especialmente de la admirable labor de nuestro amigo. Hasta tanto, honremos á quien nos honra, festejemos á quien nos ensalza y coronemos de flores á quien ricamente nos ha coronado antes de joyas.

*
**

Idea excelente. — La insinúa *El Diario de Avila*, al proponer la coronación de Santa Teresa. Todo festejo es mezquino para tan grande Santa y todo ensalzamiento pequeño para su gigantesca figura. Pero nos permitimos añadir una palabra á la idea de *El Diario de Avila*.

¿Habrá corona de más agrado para Santa Teresa que la coronación de su Basílica en Alba de Tormes? Aportemos todos el deseo, el óbolo, el sacrificio. Y, cuando la estatua magnífica de la preclara Virgen Carmelitana se yerga airosa en la cúspide de la Basílica, podremos decir satisfechos á sus innumerables devotos:

¡Santa Teresa está ya coronada!



DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASILICA DE ALBA DE TORMES

	<i>Pesetas</i>	<i>Cént.</i>
De D. Guillermo Coriorán, Irlandés.....	13	"
De una persona piadosa (Granada).....	10	"
Sra. viuda de Sánchez Bedoya.....	100	"
Enviado por el señor delegado del Escorial:		
De D. ^a Nieves Moreno de la Casa.....	25	"
Por coros de D. ^a Candela Soto.....	15	"
Idem de D. ^a Amalia y Emilia Gajate.....	72	"
De D. ^a Carmen López, viuda de Acebal.....	10	"
" " Luciana Acebal.....	5	"
" " Victorina L. de Plaza.....	5	"
" " Teresa Varona.....	5	"
" " Dolores Helguera.....	5	"
" " Matilde I. de Tone.....	10	"
" " Ángeles L. de Marina.....	5	"
" " Eugenia Rosadillo.....	2	"
" " María Peñarredonda.....	2	"
" " Ana Salvaner.....	2	"
" " Isidra Cerro.....	2	"
" " Valentina J. de Ceno.....	1	25
" " Teresa Celaya.....	1	25
" " Luisa T., viuda de Espenan.....	1	50
De D. Manuel Uribe, Párroco del Carmen (Madrid).....	198	"
Del R. P. Prior del Burgo de Osma.....	27	"
De D. ^a Albina Martínez de Pinillos.....	4	50
" " Valentina de Aguilera.....	60	"
" " Laura Blanquer.....	60	"
Una persona piadosa, por conducto del Sr. Arcipreste de Bilbao	250	"
Del Ilmo. Sr. Obispo de Menorca.....	50	"